

HACIA LA UNIVERSIDAD NACIONAL¹

GERMÁN ARCINIEGAS

(COLOMBIA, 1932)

TEORÍA DE LA UNIVERSIDAD

El fracaso nacional no es sino un fracase universitario

Si bien se analizan los fracasos nacionales que han hecho insegura la vida del colombiano en casi todos los días de su historia, se verá que tales fracasos no lo son de la voluntad o del espíritu del pueblo, sino de la Universidad, que no ha servido para interpretar la vida colombiana. La culpa de nuestros más grandes errores puede señalarse específicamente en la falta de preparación, de estudio y de compenetración con los problemas colombianos de que adolecen los hombres de Estado, salidos todos de los

claustros con una educación literaria y formulista para entrar premurosamente a dirigir los negocios públicos. El gobierno de Colombia no ha sido nunca un gobierno de analfabetos; tenemos el orgullo de proclamar como una bella verdad cívica el hecho de que el pueblo entre nosotros no busca sus conductores en el escalafón militar, sino que los selecciona en los mosaicos de doctores. Pero a una distinción y deferencia tan grandes, la Universidad no ha sabido corresponder, aislándose de la vida, del país y encogiéndose dentro de los cuadros de estudio de las viejas escuelas ultramarinas.

Ha sido la economía de la Universidad, practicada por sus propios profesores desde los puestos de vanguardia en la administración pública, el origen de nuestras crisis internas y de nuestra incapacidad para defendernos en el mecanismo económico internacional. Ha sido la ciencia de nuestros ingenieros la que no ha podido organizar el trabajo de las obras públicas ni adelantar un concepto que libre de su

¹ Capítulos tomados del libro del autor *La Universidad Colombiana* 1932 (Bogotá Imprenta Nacional). Ver también sus libros: *El Estudiante de la Mesa Redonda* 1932 (Madrid: Imprenta Cueyo) y su *Memoria* 1942 (Bogotá: Imprenta Nacional), fruto de su trabajo como Ministro de Educación Nacional.

incertidumbre todos los presupuestos, desde el presupuesto elemental de una casa hasta el más elaborado y difícil en que se descomponen las empresas mayores del Estado. Ha sido la formación profesional de la Escuela de Medicina la que nos ha mantenido al margen de la higiene social, conservándole a la raza esa actitud enclenque y zurda en donde imprime sus relieves la anemia, acumula sus sombras el abatimiento y labran sus desventuras males ocultos que se ceban en el hombre desamparado.

Son estas circunstancias las que obligan a considerar el problema universitario como un problema nacional. Quienes dentro y fuera de las aulas, unas veces movidos por el propio impulso, y otras, sencillamente, entusiasmados por ejemplos de otras naciones; quienes como estudiantes o como agitadores hemos abogado parla Reforma Universitaria, estamos acostumbrados a tomar un punto de vista errado: miramos la Reforma desde adentro, desde la Universidad; consideramos el problema como

un problema *interno*, íntimo, como una cuestión de escuela. Esto *conduce*, desde luego a conclusiones falsas limitadas. Creemos un día que el mal reside en un profesor o en un rector, o en todo el profesorado o en los reglamentos o en los detalles de la organización. En realidad el error de la Universidad está en su esencial en que su orientación no sirve, en que la Universidad ignora sus destinos. Cámbiese un rector – lo hemos cambiado–, destitúyase éste o el otro profesor –lo hemos destituido–, modifíquense los reglamentos –los hemos modificado–, y se verá que todo sigue igual. Ábranse nuevas cátedras –se han abierto–, créense nuevas escuelas –se han creado–, dense nuevos grados, títulos o diplomas, y se verá que estos injertos crecerán, llevando las características que hacen del viejo árbol un adorno de escasa utilidad.

Los estudiantes y la República misma deben prepararse para corregir el ángulo que han venido usando tradicionalmente al considerar la Reforma Universitaria. De una cuestión univer-

sitaria que ha sido, el tema debe pasar a ser una cuestión nacional. Es una necedad considerar otra vez una reforma apoyarse en la organización que existe, para buscarle una variante más ventajosa o más científica, por medio de un plan aunque sea tan vasto como se le suponga. Reformar es darle forma nueva a una cosa: forma nueva, aspecto nuevo. Y el mal no es un mal de forma: es mal que está en la esencia, en el destino último que se da a la enseñanza.

Lo que se necesita es reorganizar, organizar de nuevo, organizar sobre el plano de un espíritu diferente.

La República necesita crear un Departamento en donde se estudien sus problemas inmediatos y los temas esenciales que afectan su vida. Ese Departamento no puede ser otro sino la Universidad misma. Pero una Universidad destinada a ese fin, orientada en un sentido radicalmente nuevo. Así el cambio del concepto universitario es absoluto. Miradas desde este punto de vista, los estudios/ las escuelas, los métodos de trabajo, la selección de los objetos materia de investigación resultan absurdos en la actualidad.

Considerado el fracaso de la Universidad en toda su significación, se observa que no solamente ha expuesto a sus hijos a una quiebra profesional cada vez que han entrado en contacto con el manejo de la República, sino que ha faltado a

la urgente necesidad de crear una ciencia propia, de echar los cimientos de una cultura. Al romperse, con la guerra de Independencia, la iniciativa de Mutis, de Moreno y Escandón, de Caldas y de Caballero y Góngora, y volverse a la rutina de una educación literaria y metafísica, se cerraron los horizontes a la esperanza de una ciencia colombiana. Se abandonó entonces el estudio natural del país: de su flora, de su fauna, de sus minerales. Hasta los trabajadores en la ciencia del idioma tuvieron que retirarse al amor de tierras lejanas para adelantar sus investigaciones.

Es preciso que el observador curioso de estos fenómenos se detenga a considerar lo grave que es para un pueblo surgir a la vida perdiendo cien años, cien años que si se hubieran dedicado al estudio de la República misma, como ocurría en los tiempos de Caldas, representarían hoy la base más sólida de la nacionalidad colombiana.

MAL DE COLOMBIA Y MAL DEL MUNDO

No se miren las consideraciones anteriores como una censura singularmente dirigida contra la Universidad colombiana. El fenómeno es universal y de él debe partirse para hacer la crítica universitaria. El profesor y el estudiante colombianos trabajan dentro de un sistema que no puede dar más de lo que ha dado. Unos y otros son las víctimas de una institución equivocada

que se desvió hace más de un siglo del derrotero colombiano para adherirse al concepto extranjero. El hecho es que nosotros giramos hoy alrededor de una universidad napoleónica.

La prueba más definida, y más cercana para nosotros, de este choque entre las necesidades de la vida actual y la organización de todos los países se produce en las llamadas revoluciones universitarias de Hispano-América. La juventud de todas estas Repúblicas, que se ha visto urgida, acosada por una serie creciente de problemas que no puede resolver, se esfuerza por darle un sentido de cosa presente a los estudios, y acude, en su precipitud justificada, a fórmulas de facto para lograr más pronto su objetivo.

Pero la verdad es que la desadaptación de los estudios, de la Universidad, dentro de un mundo que se transforma a velocidades desconocidas en la Historia, es hoy motivo de preocupaciones y de ensayos en todas las latitudes. Hay escasez de obreros, de gerentes y de estadistas que puedan vencer con éxito las dificultades creadas por una industria nueva, una economía de asechanzas que difícilmente logran precisar las pupilas expertas.

En Europa, donde las Universidades constituyen nudos de tradicionalismo que nadie logra desatar, el espectáculo tiene escenas dramáticas. Hay pueblos que renuncian anticipadamente a

considerar el aporte de las antiguas Universidades en la solución de sus inquietudes presentes, y acuden a equipos de emergencia que toman a su cargo las responsabilidades, dejando en un plano secundario a los elegidos de la inteligencia, a los iniciados en las disciplinas del saber. Así se abre una brecha para que los oportunistas y los audaces se constituyan en figuras providenciales, y la política retroceda a esquemas primitivos. Alemania ha podido transformar la educación primaria dándole una movilidad viajera que riega por toda la extensión de la República a los muchachos, poniéndolos en contacto con el panorama nacional. Pero esa voluntad revolucionaria que ha podido realizar un programa semejante en la más vasta escala, no ha sido capaz de darle siquiera nueva forma a la Universidad, y ésta sigue desarrollándose dentro de moldes tradicionales, en donde no pueden vaciarse las angustias presentes. Alexander y Parker definen la actitud de la Universidad alemana frente a la transformación operada en los grados inferiores de la enseñanza, con estas palabras:

Cuanto más elevadas son las instituciones en Alemania, más conservadores su criterio y mayor es su influencia en los asuntos escolares. Hasta las mismas universidades se preocupan hoy como nunca de las reformas de la escuela elemental, porque

la escuela pública obligatoria y el 'paso libre' significan la eventualidad de que los alumnos de las escuelas elementales se abran un día paso hasta el coto académico cerrado de la Universidad. Los guardianes de sus normas de perfección están demasiado orgullosos de su gloriosa reputación escolástica para correr el peligro de una invasión de estudiantes que no hayan sido debidamente preparados en sus años de escuela elemental. La batalla sigue su curso, y está por verse si la popularización de la escuela superior en Alemania tendrá como consecuencia un descenso de sus normas o un aumento de las exigencias del programa de las escuelas elementales por iniciativa de los profesores de las escuelas secundarias y de las Universidades.

En un pueblo que renuncia a sus instituciones tradicionales y que busca una nueva manera de gobierno, en una República recién formada bajo el signo de la Revolución, esta resistencia de la universidad constituye un tropiezo singularmente grave. Como en el caso de Alemania, Rusia y España, han confrontado situaciones semejantes. La Universidad que no ha sabido constituir dentro de su propio organismo una fuerza renovadora que siga, cuando no encauce, la transformación del Estado, no tiene nada que ofrecer, carece de obreros que colaboren dentro de las necesidades creadas por un cambio de cosas. El estudio de Ortega y Gasset sobre la universidad

española casi se reduce a exponer la dificultad en que se hallan los constructores de la nueva República por la falta de un personal capaz de llenar sus funciones profesionales; en las escuelas superiores hay la ausencia del sentido de las necesidades españolas. Rusia ha tenido que desmontar las universidades de su antiguo andamiaje y darles una forma y destino totalmente opuestos para ajustar los estudios al plan de reconstrucción nacional de los cinco años: el sistema comprende una vinculación tan estrecha entre la Universidad y el trabajo que todo descubrimiento o invención salida de los laboratorios tiene aplicación inmediata y general en todo el país, y toda dificultad que se presente al campesino o al trabajador industrial se lleva a las escuelas superiores para que éstas estudien la solución.

NACIONALISMO UNIVERSITARIO

El proceso de nacionalización de la Universidad puede considerarse como una cosa nueva dentro de la ideología que ha presidido la organización de los estudios superiores. En primer lugar, la Universidad antigua, cuya tradición aún se conserva viva en la Universidad europea, tuvo una sola ciencia, universal e idéntica, que fue la ciencia escolástica. Por otra parte; esa Universidad fue internacional por obra de las circunstancias, y el hecho de haber sido en ella el profesio-

rado un cuerpo de hombres venidos de todos los puntos de Europa para enseñar a unos cuantos millares de estudiantes vagabundos que corrían de Bologna a París y de Salamanca a Heidelberg, imprimió a las escuelas cierta dirección universal que todavía hoy las cohibe para detenerse en la contemplación profunda de los problemas locales que en torno a ellas se suscitan.

Pero ese freno con que la tradición trata de detener el movimiento nacionalista de las Universidades debe despreciarse ante la consideración de las urgencias materiales y morales en que cada país solicita la cooperación de su juventud.

Si, dejando de lado los conceptos que tradicionalmente han estorbado el análisis desapasionado del problema, el hombre de estudio se pregunta: ¿a qué debe destinarse la Universidad colombiana?, resolverá de cualquier modo la cuestión, pero en ningún caso su respuesta estará de acuerdo con los centros de interés a que se refiere la Universidad que hoy existe. Por vía de ensayo, y penetrando en zonas muy diversas de la intelectualidad colombiana, hice el experimento de formular esa pregunta, que en el fondo ha sido la base de este proyecto, a un grupo de conciudadanos que juzgué capacitados para contestarla. Y puedo afirmar que de las respuestas que he recibido se saca la conclusión de que ninguna de las cuestio-

nes que afectan vitalmente al país se estudia hoy dentro de la Universidad. Los unos opinan porque se enfoque como actividad principal de la Universidad la colonización; otros, porque problemas como los del trigo, del café, el arroz o la minería; hay quienes juzgan que debe ser la formación de profesionales que atiendan a las necesidades colombianas desde una serie de carreras organizadas en concordancia con los temas - en que se descompone la economía nacional; afirman otros que una escuela de agricultura debería ser el eje de la Universidad colombiana. Pero lo que nadie ha señalado, entre las personas consultadas, como centro de interés, es el derecho romano, o la mecánica racional, a cuyo estudio se dedica hoy buena parte de la actividad universitaria. Si el problema nuestro es un problema agrario y agrícola, ocurre que la Universidad no ha incluido dentro de sus estudios esa cuestión: de una manera absoluta, en bloque, la ha desconocido. Si es un problema de educación, ocurre que también se carece de una facultad que lo estudie. Si es un problema de colonización, tampoco se ve por parte alguna que se haya atendido a tal asunto.

Todos los temas de alguna importancia en la vida nacional: la política de los impuestos, la cuestión aduanera, la reforma bancaria, la formación de los presupuestos, la organización de

la higiene pública, el estudio de las enfermedades tropicales, el manejo industrial, todo ha quedado fuera del radio de comprensión de la Universidad. Sin contar con que la formación de nuestro espíritu, el estudio de la historia y del arte nacionales, de la literatura y de los oficios, se ha dejado al azar de los intereses extraños o de las fuerzas vírgenes que juegan sobre el destino de nuestra democracia.

Estas consideraciones, que concurren todas a afirmar el criterio de nacionalismo universitario, prueban al propio tiempo que no hay tipo de Universidad en el mundo que podamos copiar. La Universidad empieza a definirse hoy como la síntesis de cada pueblo, como en el instituto en donde con fidelidad más exquisita se reflejan sus modalidades interiores, sus ambiciones y su fe. Al meditar en el planeamiento de una Universidad nueva, se advierte, desde luego, lo lejos que estarían de colmar nuestras ambiciones los modelos de Europa o Norteamérica. Nosotros no debemos partir sino de un hecho único, real, concreto, y este hecho es Colombia. Hay que estudiar el país, tratar de comprenderlo y de organizar las juventudes para que lo trabajen inteligente y científicamente.

Se dirá que esta es una limitación al pensamiento, impropia de una institución libre y liberal. Se dirá que así va a estrecharse el de las juventudes.

Y es la verdad. El punto de partida para ser profundo es limitarse. Nosotros hemos mariposeado por todos los vergeles de la cultura universal, y hemos sido fugaces en nuestra tierra: hemos vivido en fuga espiritual: hemos eludido nuestro signo: y cada aventura hacia afuera ha sido casi siempre una negación de nuestro destino.

Construir una nacionalidad es obra larga y paciente. A nosotros no puede negársenos patria, pero carecemos de nacionalidad. Somos una monada en el concierto de las naciones. Y así debe ser. Porque son las grandes obras colectivas las que acreditan el nombre de una República y nosotros sólo podemos ofrecer ejemplos aislados y desolados de sacrificios individuales. Por eso es preciso darle a la Universidad el sentido y carácter de una corporación en donde se trabaje durante los trescientos sesenta y cinco días del año por los jóvenes y los viejos, sobre el mismo asunto, sobre la misma patria, dentro del mismo anhelo.

La necesidad de ofrecer al mundo una afirmación cualquiera ha sido preocupación frecuente, de nuestras juventudes de los últimos tiempos.

Pero afirmar por afirmar es un juego mental que no convence a nadie.

Nosotros podemos afirmar únicamente nuestro anhelo de reforma, nuestra fe, si mucho; Y

la afirmación de un anhelo es poca cosa. Hay que afirmar hechos. Ofrecer realidades.

La afirmación de la nacionalidad colombiana tiene que arrancar de la tierra, del conocimiento íntimo de lo que nos pertenece como Nación. Nunca será excesivo recordar que la única afirmación colombiana que ha valido ante la historia y que ha sido fecunda en toda suerte de consecuencias, fue la afirmación de los naturalistas de fines del siglo XVIII y principios del XIX, que culminó con la guerra de Independencia.

DEMOCRACIA UNIVERSITARIA

Para que la Universidad cumpla su función política y social es preciso que se coloque en aptitud de mantener contactos vivos con el pueblo. En este sentido nuestra Universidad tiene una tradición democrática que la favorece ampliamente.

La Universidad democrática es, hasta cierto punto, una característica de nuestra América, aunque también se extiende a los países latinos de Europa y a los escandinavos. Contra este tipo de Universidad se ofrece el sajón, en donde los estudios superiores están lejos de favorecer a las clases inferiores. La universidad americana es una escuela para ricos, donde sólo pueden llegar los hijos de la burguesía acomodada. En las escuelas de Bostan, por ejemplo, el derecho de matrícula vale de trescientos a cuatrocientos

dólares. En la Universidad de Columbia vale igual suma, y se presupuesta en unos mil doscientos dólares el gasto por estudiante durante el término de los estudios. En Inglaterra las pensiones anuales van desde unas setenta y cinco libras anuales, que paga por término medio un estudiante de la Universidad de Londres, hasta doscientas cincuenta libras, que es el promedio para Oxford o para Cambridge. Tanto en los Estados Unidos como en Inglaterra existe un amplio sistema de becas, pero por extenso que sea no alcanza sino a extraer unos pocos muchachos menos acomodados para incorporarlos en las filas de los favorecidos por la fortuna², de manera que es inútil esperar una verdadera compenetración social de unas escuelas que descansan exclusivamente sobre el criterio de las clases económicamente superiores. Así la interpretación universitaria tiene que ser forzosamente falsa. La distancia que existe entre la vida del pueblo inglés y los muchachos de Oxford o de Cambridge es tan grande, que para el pueblo lo mismo da que los estudios se hagan sobre los textos de Virgilio o sobre la racionalización del

2 Adviértase además que como las becas generalmente se conceden allá para los últimos años, la oportunidad del pobre para ingresar en la Universidad es ninguna (N. del. A.).

trabajo. En todo caso la ausencia de un criterio nivelador y justiciero será la misma.

En los Estados Unidos no sólo existe esa situación plutocrática, sino que se agrava de una parte con el ritmo acelerado del país que empuja precipitadamente a las juventudes por el camino de una especialización afanosa en donde rápidamente se recortan los horizontes y sólo se deja al individuo la perspectiva de un trabajo, y de otra parte con el sistema de legados a las Universidades por los magnates de la industria, que hace que cada vez tengan éstos mayor influencia sobre la distribución de los estudios, contagiados de su visión ceñidamente comercial.

De esta manera la Universidad norteamericana ha venido a quedar subordinada a fuerzas inferiores, y es en esa condición de subordinada como han querido verla y conservarla quienes dominan la vida política del país. El caso culminante de esta situación ocurrió cuando el Senado americano entró a discutir las nuevas tarifas aduaneras, tarifas que, en opinión de la Universidad, precipitarían la crisis que ahora vivimos. Entonces se reunieron los más célebres profesores de economía de todas las escuelas norteamericanas y prepararon un manifiesto que puede considerarse como el papel político más interesante que hayan producido los intelectuales del Norte en los últimos años. El Congreso recibió

el documento sin considerarlo, y se limitó a subrayar con unos cuantos sarcasmos la opinión de que los profesores de economía política deberían permanecer silenciosos en sus gabinetes sin afanarse por los negocios del Estado, cuyo estudio correspondía de manera exclusiva y excluyente a los políticos del Congreso.

En los países latinos se ha conservado un derecho de matrícula tan bajo que puede decirse que la Universidad está abierta para todo el mundo. En Bélgica paga un estudiante de medicina 1.500 francos por año. En Francia unos 1.200. Pero donde se ha llegado a un sistema más admirable, desde este punto de vista, es en los países escandinavos, y, singularmente, en Dinamarca. En Dinamarca el estudiante no paga sino el examen, que puede solicitar cualquier día. Además, hay un extenso sistema de becas, de manera que todo estudiante de probada capacidad y de escasos recursos puede asegurar por este medio la conclusión de sus estudios. Pero como si esto fuera poco, existe un sistema de crédito abierto para todo estudiante universitario, por medio del cual, bajo la garantía de su honor, se le presta la suma necesaria para que viva durante los años de estudio, a un interés del 3 por ciento anual, suma que debe reintegrar con las primeras ganancias de su carrera.

En Colombia no sólo es indispensable mantener el criterio democrático de la enseñanza barata y abierta para todo el mundo, sino que debe acentuarse cada vez más, para lo cual valdría la pena de estudiar en sus detalles el sistema danés. El impulso democrático de la Universidad colombiana se confunde con los propósitos iniciales de la República. Uno de los primeros decretos de Santander consistió en abolir las restricciones de la Universidad colonial, donde no podían llegar sino los blancos nacidos de legítimo matrimonio. La Universidad colonial dejaba afuera las cuatro quintas partes de la población neogranadina.

Sería en todo caso un error fundamental dentro de un sistema universitario como el nuestro sobre el cual descansa nuestra democracia y en donde deben resolverse científicamente los problemas sociales del país, hacer variación alguna que pudiera acercarnos al tipo de instrucción privilegiada de las Universidades americanas o inglesas.

MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD

Hay dos criterios diametralmente opuestos en lo que se refiere a la manera como el estudiante debe vincularse a la sociedad y servirla desde el punto de vista profesional.

El primer criterio es el criterio norteamericano. En los Estados Unidos el estudiante, desde

que entra a la escuela, va limitando su visión y circunscribiéndola al oficio que formará su especialidad. La presión económica, el estímulo creado por el lucro, borran en él todo horizonte más amplio y le impiden, desde luego, subirse a la colina desde donde pueden contemplarse los panoramas de la patria en toda su extensión. El estudiante norteamericano ignora su país, es un analfabeto de los problemas sociales de su pueblo, está incapacitado para superar el estrecho límite de su destino y para aventurarse en la empresa grande de hacer una interpretación espiritual de su pueblo.

El segundo criterio, el criterio opuesto a este que dejo escrito, consiste en darle al universitario, al simple profesional, capacidad de comprensión nacional, que dignifique su trabajo y lo relacione con la vida, colectiva. Por eso es tan urgente iniciarlo en la investigación, no sólo como una disciplina científica sino como el medio más adecuado para que establezca esos contactos con la realidad nacional que le darán la conciencia social de su profesión.

Difiere, pues, sustancialmente, esta apreciación de la misión universitaria, de la señalada por don José Ortega y Gasset en su ensayo sobre la materia. Ortega y Gasset, en el fondo, lo que pide es la reducción del ideal universitario a la simple formación de profesionales,

con un *mínimum* de trabajo de investigación y de sentido social en sus trabajos. Este ideal es un ideal norteamericano, y para verlo realizado basta mirar de cerca el doloroso proceso que ha producido en la República capitalista. Allá están todos los grandes pensadores atormentados por la falta de líderes que liberten el pensamiento de la mezquina celda en donde se halla oprimido. Allá están los estudiantes iniciándose en una rudimentaria vida de proletariado, para acentuarlos relieves empresarios de la República y encoger más aún los panoramas de su espíritu.

Nuestra América no puede seguir un derrotero semejante. Nosotros no sólo necesitamos buenos cirujanos que hagan la carpintería de su oficio sobre la Clientela, y recetadores que hagan fortuna de consultorio, sino ciudadanos médicos que queden incorporados en el trabajo social de la República. Nuestros ingenieros no han de ser oficiales limitados que sepan la técnica de su oficio, sino zapadores expertos en valorar el trabajo de nuestros obreros y la riqueza potencial del país.

No sólo en las altas esferas del doctorado, sino en los primeros escalones que llevan a la licenciatura, es necesario producir esta orientación. Profesional, dentro de la interpretación corriente de nuestro tiempo, quiere

decir egoísmo, individualismo, aislamiento, especialización. El profesional que nuestra América busca es el profesional de la corporación, el hombre dotado de espíritu social, el obrero, el trabajador, que puede apreciar desde su banco de trabajo la vinculación que tiene su labor diaria dentro del juego de la vida colectiva.

La misión de la Universidad, según Ortega y Gasset, será, en primer término, la de formar profesionales. Además, la Universidad investigará, hará filosofía, se internará por los recónditos secretos de la ciencia. La Universidad que América desea, formará en primer lugar al ciudadano, al hombre de conciencia Cívica, casi diría yo: conciencia rural; conciencia patria. Y además, arrancando de allí, formará el profesional. Un profesional con arraigo, un profesional con técnica de obrero y conciencia de maestro, si fuese posible conseguir este ideal.

No se trata con esto de recargar el estudiante de adornos inútiles para la vida, dé forzar el molde de la escuela para hacer que en él quepan las utopías de un idealista enamorado de las concepciones sociales. No se trata de una extensión en los estudios, sino de un método. Ponerle el alma nacional al trabajo. Prevenirse contra el seco esquema de la especialización.

CONCEPTO ORGANIZATIVO DE LA UNIVERSIDAD

ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DE LA CORPORACIÓN UNIVERSITARIA

La vuelta hacia un concepto corporativo de la Universidad tiene una doble consecuencia, que conviene señalar como capítulo especial de este estudio. En primer término imprime la noción del trabajo, que caracteriza las disciplinas escolares contemporáneas. Corporación, atenido al sentido viejo e irremplazable de la palabra, indica taller, hogar de trabajadores en donde, siguiendo las líneas de una disciplina preestablecida, el obrero, se va puliendo en el oficio hasta llegar a ser maestro. Es ésta la línea ideal que puede señalarse al estudiante, la que lo coloca dentro de una curva de desarrollo natural que no tiene término, pero que cada día marca un nuevo grado de perfeccionamiento. Son las etapas del aprendizaje, el artesanado y la maestría las que sirven mejor para calificar lo mismo al trabajador manual que al trabajador intelectual. Y es por medio de las obras cumplidas, de la experiencia de un oficio, que lo mismo puede consistir en labrar maderas que en afirmar la arquitectura espiritual de la República, como se pasa a las etapas superiores.

La segunda consecuencia que se deduce del concepto corporativo es el equilibrio que esta-

blece entre las generaciones presentes. Hasta hoy sólo figuran dos personajes en el drama diario de la Universidad: de un lado el joven dinámico, impetuoso, inquieto, enamorado del futuro y de las transformaciones; del otro, el maestro estático, seguro de las verdades adquiridas, tradicionalista, cautivo del pasado. De esta situación no puede surgir sino un desacuerdo constante, una pugna diaria, un estado de revolución que se acentúa cada vez que los sucesos de la vida diaria alcanzan alguna profundidad, pero que preside en el fondo a todos los instantes de la vida escolar.

Hoy en día, ocurre que la Universidad ha descartado a las generaciones intermedias, ha sustraído del juego de fuerzas humanas que deben combinarse en una labor cultural, lo que constituye el término medio de la vida. Justamente en las corporaciones se daba a ese tercer personaje un nombre de amistad, de conciliación: se le decía compañero. Compañero, camarada, zona en donde se conjugan las actitudes extremas y en donde las rivalidades no hallan espacio ni oportunidad.

La inclusión de los antiguos alumnos dentro de la vida de la Universidad es un paso decisivo para equilibrar las fuerzas espirituales, que obran en ella. Esta inclusión de los antiguos alumnos en la forma en que figura en el proyec-

to de ley, no viene sin embargo, a llenar un simple papel de mediación, de algodón entre dos vidrios. Los antiguos alumnos son un elemento activo de primer orden y calificado para introducir reformas que la juventud no alcanza a dominar y que el profesorado no ve por la misma rutina de sus labores, que limitan naturalmente su horizonte intelectual.

Es al abandonar las aulas cuando el estudiante, puesto en contacto definitivo con la realidad, aprecia las deficiencias de su formación profesional y mira desde un ángulo certero vacíos que son imposibles de advertir desde la escuela. Con un pleno conocimiento de la materia podemos hablar hoy quienes durante todo el curso de nuestra vida estudiantil en la Universidad luchamos por reformarla, adquirimos en esa lucha cierto prestigio de conductores, tuvimos, muchas veces en nuestras manos la posibilidad de introducir cambios en la estructura de las escuelas; pero no logramos concretar nuestras aspiraciones en puntos fundamentales. Esta declaración, que no sería honrado callar, no demuestra que las juventudes carecieran entonces de fundamentos para proclamar la urgencia de una reforma, pues a la vista están los fracasos de la Universidad exhibiendo la pobreza de su contenido, pero sí aclara la necesidad de darle cabida a un elemento más capacitado, que en

todos los instantes de la vida escolar pueda actuar con más experiencia que los jóvenes, y con menos pereza mental que los viejos.

EL ESTUDIANTE Y EL GOBIERNO DE LA UNIVERSIDAD

Se ha discutido mucho la participación del estudiante en diversos aspectos de la vida en América, y su reclamo de intervenir en el gobierno de la Universidad.

Conviene en primer término saber que el estudiante no es un personaje pasivo y anónimo de otras latitudes. Si en la América española es más visible su papel, ello se debe, entre otras circunstancias afortunadas, a la ya dicha de que entre nosotros las Universidades siguen ocupando un primer término en el funcionamiento de la República, y no son organismos secundarios que se pierdan bajo el empuje de otros intereses preponderantes. Pero en todos los países el estudiante, como fuerza revolucionaria, ha sido un personaje conocido, y no ha habido movimiento espiritual y político de alguna significación al cual no se encuentre vinculado.

EL MOVIMIENTO ARGENTINO

La participación de los estudiantes en el gobierno de la Universidad hispanoamericana forma capítulo aparte en un movimiento que la

crónica de los sucesos se encargó de calificar como la Revolución Universitaria. El centro de esta agitación puede localizarse en la República Argentina, en donde surgió como una consecuencia de la huelga ocurrida en la Universidad de Córdoba en 1918.

El movimiento argentino ha sido ampliamente revaluado en los últimos años, en que se ha operado una especie de reacción contra los postulados y conquistas de 1918. Como ejemplo típico de las censuras que se hacen en este sentido puede tomarse el siguiente párrafo del profesor Alfredo Colmo:

No creo, desde luego, que lo que se diera en llamar la Reforma Universitaria entre nosotros, esto es, la intervención de los estudiantes en el gobierno de la institución, pueda merecer plácemes. Lo justificarían estas tres circunstancias: Primera. La Reforma implantada en 1918 comprendía varias cosas cabalmente universitarias, como la enseñanza activa y práctica, la obligación del seminario, la periodicidad de los consejos directivos, etc., y en realidad se redujo a esa intervención estudiantil que efectivamente poco tenía que ver con el régimen educador; Segunda. No hay país del mundo, exceptuando algunos del continente, que nos haya imitado, que admita ni conozca ese gobierno de la inexperience y el impulsivismo; Tercera. Jamás la Universidad nuestra ha sido más convulsionada que durante dicho régimen, que se resolvió en

un corruptor del carácter, pues despertó ambiciones y luchas por puestos dirigentes, que hizo de las Facultades centros de agitaciones electorales y no casas de estudios, que relajó la disciplina y minó la autoridad, que rebajó el nivel intelectual, y que serpiente que se muerde la cola, ha sido el factor decisivo de su autodestrucción, producida mediante la contrarreforma de nuestros días.

La pintura que hace el profesor Colmo, quien, por otra parte, es una de las figuras más respetables de la intelectualidad argentina, no puede ser más lamentable y sobre este pregonado fracaso de la reforma argentina edifican ahora sus críticas quienes no aceptan la intervención estudiantil en el gobierno de la Universidad.

La posición del profesor Colmo es exagerada. Quien lea las descripciones de la Universidad argentina correspondientes al periodo anterior a la revolución, encontrará que la Universidad no era eso, sino algo peor. La burocracia, el parasitismo, la falta de curiosidad científica, la carencia absoluta de inteligencia entre estudiantes y profesores hicieron tan patente la necesidad de la Reforma entonces, que la Argentina en bloque se colocó de parte de los reformadores. ¿Lograron éstos sus propósitos? Ciertamente que no. Y no por lo que conquistaron, sino por lo que dejaron de alcanzar: porque no estaban técnicamente preparados para

la Reforma; porque faltó ese tercer elemento en donde se perfeccionan las aspiraciones y se equilibran las fuerzas en pugna, el tercer elemento a que aludimos en los primeros apartes de este capítulo: los antiguos alumnos.

La Reforma Universitaria, tal como la expusieron los mentores del movimiento: Julio González, Ripa Alberdi, etc., no queda limitada en los tres postulados del profesor Colmo; esa Reforma tenía un contenido espiritual que no podía confiarse al viejo profesorado argentino. En realidad es una utopía y un candor pensar en que un sentido nuevo de la Universidad puedan imprimirlo quienes tradicionalmente han representado la fuerza de resistencia de ese nuevo sentido. El deseo, el anhelo de llevar elementos jóvenes a las directivas no obedece a un vano ahínco por colocarse a la altura de quienes han puesto sobre sus diplomas el tono exquisito y envidiable de las cosas viejas: se trata de otra cosa, de asegurar el triunfo de nuevos ideales, de resolver conflictos del espíritu que hoy no puede nadie desconocer.

0Los observadores imparciales del movimiento argentino, aceptando que en las Universidades de esa República hay algo dañado convienen en que la revolución de Córdoba produjo buenos resultados. Maurice King, en el estudio que hace sobre la materia (*The Year Book of*

Education, 1932) dice con grande autoridad: “La Reforma ha traído ciertos abusos, pero también ha rejuvenecido la vida universitaria”.

Y esto es lo que generalmente desprecia la crítica: el rejuvenecimiento de la Universidad. Porque la juventud parece desordenada, porque implantar un orden nuevo, parece que no es orden, rompe el orden acostumbrado, rompe el ritmo en que se criaron las ideas de la burguesía intelectual. Pero, el observador desinteresado de la vida contemporánea lo primero que advierte es que los pueblos que no saben ponerse al día, que no tienen elasticidad suficiente para adaptarse con ventaja dentro de condiciones económicas que cambian sin reposo, se ven envueltos en las mayores dificultades. El ansia de de actualizar las cosas, que es un sentimiento peculiar de la juventud, tiene su aplicación en nuestro tiempo, y su campo de acción dentro de la Universidad.

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL EN COLOMBIA

Dentro del panorama colombiano la juventud que en los últimos años ha conquistado un poder social muy visible, no ha obtenido por asalto esta ventaja, sino mediante un largo proceso meritorio en donde si algo puede y debe admitirse es su equilibrio y prudencia para lo-

grar el triunfo de sus aspiraciones sin que se produzca una perturbación inconveniente.

El estudiante colombiano es dueño de una historia extraordinaria a la cual debe la República lo mejor de su espíritu. Si hoy se le incorpora en las directivas universitarias, dentro de un plan inteligente y ordenado, no se hará sino aprovechar la oportunidad de sus buenas disposiciones en favor de los estudios y echar sobre sus hombros una nueva responsabilidad que le haga más consciente de sus deberes ciudadanos.

El error de criterio más sensible en los educadores colombianos, posible reflejo quizás de un error muy latino, consiste en echar a la vida menores de edad. En ninguna de las zonas de la educación se trata de establecer la iniciación necesaria para que el choque con la realidad no produzca perturbaciones y desastres que aniquilan al individuo, representan pérdidas en la economía social y someten a trastornos múltiples el sistema psíquico de la juventud.

La iniciación en la responsabilidad ha de empezar en la escuela.

Echar a la vida menores de edad en materia de responsabilidades es una imperdonable

falta de criterio en la República. Familiarizando al universitario con el gobierno de la escuela, poniéndolo a tomar decisiones cuyas consecuencias gravitarán sobre él mismo, enfrentándolo a las dificultades propias de toda organización, es como se lo capacita para la vida ciudadana, para su futuro papel en la vida pública.

El hecho de que la Universidad tenga que atender al equilibrio de un presupuesto de alguna entidad, balancear los gastos sin detener el impulso de las escuelas y afrontar todos los problemas internos por sí sola, sin colgarse del Estado como un menor, es asunto fundamental que no suele tomarse en cuenta en Colombia. La idea de que al muchacho debe guiársele hasta última hora, de que nunca es lo suficientemente capaz para resolver, para ejecutar, forma los caracteres dudosos, inciertos que se disuelven a la hora de tomar una decisión.

Hasta en este campo la Universidad ha establecido un divorcio con la realidad, divorcio que debe cancelarse de plano, devolviéndole a la escuela su valor educativo y acentuando su importancia en la formación del carácter nacional.